

como el fornido tronco de un árbol al constante golpe del rayo destructor.

Entretanto, los criados atraídos por el grito, acudieron al sitio de la escena, cogieron en brazos á su amo, y abrieron la puerta para que entraran D. Andrés y Enrique.

Pilar, vuelta de su sorpresa, se lanzó tras ellos para ver si era cierto lo que sospechaba; pero D. Andrés salió á su encuentro para prohibirle la entrada.

—No entres, hija mia, que nada ha sucedido.

—¡Ah!... no me oculte vd. la verdad— dijo la jóven afligida.—¿Ha sido esa la voz de D. Antonio?

—¿Y qué adelantarias con saberlo?

—¡Ah!... respóndame vd., padre mio, respóndame vd.: ¿ha sido la voz de D. Antonio?

—Puesto que lo deseas saber, sí, hija mia.

Pilar se arrojó en los brazos de su padre, derramando un torrente de lágrimas.

CAPITULO XXVII.

Enlaces y desenlace.

¿Qué significan esos gallardetes y colgaduras que adornan ese magnífico templo dedicado á las esposas del Señor? ¿Qué indican esas mil y mil velas de blanca cera que arden sobre el altar sacrosanto del magnífico convento? ¿Qué los acordes del órgano sonoro, la numerosa concurrencia que se prosterna reverente, y la brillante tela que adorna la cátedra del Espíritu Santo?

Un elegante castillo de fuegos artificiales, se descubre en medio de la calle y enfrente á la puerta de la iglesia; varios hombres,

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III. 37

provistos de cohetes voladores y grandes ruedas de fuegos de artificio, ocupan el atrio de la iglesia, esperando el momento oportuno para quemarlas.

Pero separemos la vista de este templo, y dirijámosla á otro de arquitectura gótica que se ostenta al lado de esa magestuosa catedral que puede competir con las primeras del mundo. ¿Qué indican esos elegantes coches que esperan fuera del atrio del Sagrario? ¿Qué esas personas vestidas lujosamente, que han penetrado en el sagrado recinto?

Pero entremos en ambos templos por un instante.

En el primero se celebra una profesion.

En el segundo un matrimonio.

En aquel, una mujer hermosa y jóven, porque solo una mujer es capaz de una abnegacion absoluta, escoje la tumba en que ha de existir enterrada hasta morir, consagrando sus dias á la oracion y á la penitencia.

En el otro, otra jóven bella, abraza las dichas que le brinda el mundo al lado de

un hombre que idolatra con todo su corazón.

—¿Qué lástima, dicen algunos al ver á la primera, que tantos encantos se sepulten en un oscuro claustro!... Mejor y mas útil seria que se casara: los conventos de religiosas debieran abolirse para siempre. ¿Qué utilidad presta á la sociedad una mujer encerrada en un convento?....

Hé aquí cómo se expresan varios, aunque hay que advertir, que los que así hablan, son generalmente solterones incasables.

Pero yo he preguntado á muchos de esos que así se lamentan, y cuya posicion social es ventajosa, que ¿por qué ellos no se casan? Y confundidos me han contestado: unos, que por no tener vocacion al matrimonio; y otros, que por no haber encontrado una mujer de las cualidades que desean.

¿Y será justo que esos hombres que así contestan, exijan que la mujer contraiga, aunque no tenga vocacion al matrimonio, lazos que repugnan á sus sentimientos? ¿Y será justo que esos que alegan el fútil pretexto de no hallar una mujer que les sim-

patice para esposa, pretendan que la mujer, privada de la iniciativa, se case con el primero que le hable de amor, aunque ni su conducta, ni su educacion, ni su figura, le parezcan propios para contraer un lazo que dura tanto como la vida?

“¿De qué sirve la mujer en el claustro?” preguntan.

¿Y de qué sirve, interrogo yo á mi vez, tanto hombre de regular fortuna, que en lugar de unirse á una jóven honrada, emplean sus bienes en seducir á las incautas, cuya necesidad explotan para conseguir sus infucos fines?

Esa clase de hombres que todos conocemos, no titubean en decir en alta voz, que las mujeres corrompidas deben ser toleradas por la autoridad; y sin embargo, se lamentan de que una jóven llena de virtudes, se encierre en un claustro porque no tiene vocacion al matrimonio, ó porque no ha encontrado un hombre que le simpatice.

¿Qué es una mujer mala mas? Dicen con la mayor indiferencia, cuando se les cuenta la deshonra de una jóven que ha sucumbido

á los lazos de seducccion que ellos mismos le han tendido.

¿Por qué, pues, no dicen qué es una mujer mas consagrada á Dios ó retirada del mundo?

Esos hombres proclaman tolerancia para las malas, al mismo tiempo que se manifiestan intolerantes para las buenas.

Los usureros, el avaro, los prestamistas, los tramposos, los que la opinion pública designa como corrompidos, viven en la sociedad libremente, donde quieren, y de la manera que quieren, sin que nadie se juzgue con derecho á mezclarse en sus asuntos; y la pobre mujer que se sepulta entre las paredes de un solitario convento, que no hace mal á nadie, ni escandaliza, ni trastorna el orden, ¿esa ha de ser el blanco de los tiros de la maledicencia!

Yo soy liberal, y no puedo transigir con la injusticia. Pero soy liberal en la recta acepcion de la palabra: en la acepcion de lo justo: quiero, anhelo, suspiro, por esa libertad que deja obrar sin trabas al individuo, en tanto que no traspase los lindes

de la moral, del respeto á la sociedad en que vive.

¡Y falta á la moral y al respeto á la sociedad, la modesta jóven que busca un retiro para vivir orando el resto de sus dias?

—Que rece en su casa, me contestarán. Pero en su casa, señores, no está libre de las murmuraciones del primer enemigo que quiera desconceptuarla, ni está al abrigo de las asechanzas de los malvados, como está en una convento, donde la religion es la égida celestial que la defiende del mundo entero.

Pero nos hemos separado demasiado de nuestro asunto, y es preciso volver sobre los acontecimientos de nuestra historia.

Hemos dicho que en uno de los templos se celebraban una profesion y en el otro un casamiento.

Y así era en efecto.

Dos augustas ceremonias acababan de tener lugar en una misma hora.

Los votos que unían á una jóven con Dios, y los juramentos que enlazaban á otra

con el hombre que era el bello ideal de su existencia.

María, la jóven que tanto habia padecido por su amado primo, se halla en este momento unida á él, por un lazo indisoluble, y es la mas feliz de las mujeres. Matilde, aquella voluptuosa actriz, cargada de laureles y de aplausos, es tambien ya la humilde esposa de Jesucristo. La primera empieza á probar las delicias mas puras del mundo; la segunda, cansada de los ficticios placeres, busca la felicidad en Dios, único Sér que puede llenar el hondo vacío de su corazon. La una, acaba de colocar en sus hermosas trenzas, las flores mas exquisitas; la otra acaba de ver caer bajo la cortante tijera, su luengo y ondulado cabello, tantas veces acariciado por sus ebúrneas y torneadas manos. María, embriagada de placer, reclina su hermosa cabeza sobre el hombro de Miguel, que la contempla lleno de amor. Matilde, henchida de fervor, inclina la frente sobre el suelo, y besa los piés de su amante Crucificado por su causa, que la mira desde la alta cruz en que

está enclavado, con la ternura del mas amoroso de los séres. La que hasta entonces solo habia sentido las agudas espinas del dolor, ostenta sobre sus sienes la corona de flores que su esposo le ha colocado con sus mismas manos: la que estaba acostumbrada á tener las guirnaldas conquistadas con su mérito, ahora lleva sobre sus delicadas sienes los cilicios, y guarda junto á la cabecera de su humilde lecho una corona de espinas.... ¡Admirable contraste!.... Sin embargo, Matilde se cree tan venturosa como María. El mundo no tenia ya para ella atractivo ninguno: habia analizado lo que valen los aplausos y las lisonjas prodigadas á una mujer que se presenta á agradar al público, y conoció que todo era humo vano que solo sirve para ofuscar el entendimiento, y para apartarnos del honor... Detúvose á pensar en el número de adoradores que la importunaban, y vió que todos ellos eran hombres corrompidos y de costumbres libres, que no se ocupan sino en pasar el tiempo con las jóvenes artistas, cuyos favores procuran alcanzar para despre-

ciarlas despues.... Miguel habia sido el único cuyo estilo respetuoso y buenas costumbres, le habian cuativado, y sus palabras de amor, las únicas que habian conmovido su corazon; pero aun ese hombre le habia engañado.... aun ese hombre que tan bueno le habia parecido, se habia burlado impunemente de ella.... ¿De quién, pues, creer?.... ¿Cuántos con el objeto de distraer su pasion, no jurarán amor á una infeliz actriz solo porque se parece á la mujer á quien aman?.... Si no los cree, es infeliz, porque se juzga engañada.... y si los cree.... ¡ay! si los cree y llega á amar á alguno, el desengaño será mas terrible que la misma muerte.... Matilde recorrió despues la historia de su vida.... y se avergonzó de ella....—¡He ofendido mucho á mi Criador, exclamó, y es preciso que lave todos mis delitos renunciando á todos los placeres de la tierra!....

Su vocacion fué, pues, firme. Era una mujer que habiendo llegado á conocer la senda extraviada por donde hasta entonces habia caminado, retrocedia para seguir las

huellas del Salvador. Amaba á María con toda la ternura de una amorosa hermana, y se complacia en que estuviera unida á Miguel, hácia el cual no guardaba ya mas que un cariño lícito y dulce.

Un año despues, se celebraba otro casamiento: era el de Pilar y D. Antonio que, midiendo las venturas presentes por las pasadas penas, se juraban eterno amor ante el altar del Crucificado.

Don Andrés, cicatrizada la herida del alma que habia hecho la noticia de la muerte de su hijo, anunciada hácia algun tiempo por Enrique, contemplaba la augusta ceremonia inundado de una superabundancia de felicidad, que asomaba á sus ojos dulces y consoladoras lágrimas.

Luisa, obsequiada por su amante esposo, y gozando de las caricias de su querido hijo, habia recobrado completamente la tranquilidad del alma, y se consideraba la mas dichosa de las mujeres.

Solo Enrique se vió sin una dulce compañera con quien unir su suerte; pero la felicidad de Miguel labraba la suya; y acallan-

do en el estruendo de los combates los recuerdos de amor que de vez en cuando despertaban en su alma la memoria de María, llegó á ocupar en el ejército una posicion brillante, y en la sociedad un lugar distinguido.

Solo un malvado quedó sin el castigo que sus crímenes merecian. Este malvado fué Picaluga, que dueño de los cincuenta mil duros conseguidos en premio de una traicion, fué á disfrutarlos á los Estados- Unidos, tal vez cambiando de nombre, pues nada se ha vuelto á saber de él. Sin embargo, su inicuo hecho ha quedado tan íntimamente impreso en la memoria de los mexicanos, que para designar una accion villana, se dice en el país: *es una Picalugada*.

FIN DE LA NOVELA.

ter de los hijos de este privilegiado país, del que en Europa no se tiene ni la mas remota idea.

Pero ¿cuál era la manera mas eficaz de llenar cumplidamente mi deseo?

Nada me pareció mejor que la novela histórica y de costumbres; ese género de literatura que lee con avidéz el literato y el iliterato, y donde el artesano adquiere, solazándose despues de las fatigas de su penoso trabajo, los conocimientos que nunca obtendria en obras de otra naturaleza.

Hé aquí, pues, el origen del Capitan Rossi.

Eserita la obra sin pretensiones literarias, porque nunca las he tenido, y publicada en el folletin de un periódico de la Península, la benévola acogida que obtuvo me sorprendió tanto mas, cuanto habia estado distante mi ánimo de imaginarla siquiera.

Dos ediciones hechas en menos de seis meses, indican el placer conque en aquel país se lee lo que pertenece á éste.

¿Ha alcanzado en México el éxito que en España? Mucho temí en mi primera edi-

cion, hecha al volver á este hermoso país, que no mereciese una acogida favorable; pero al verla agotarse en breve tiempo, sentí una dulce satisfaccion que reconocia, no un triste origen de pueril vanidad, sino de nobleza y de gratitud, pues me hacia comprender que habia logrado pagar de alguna manera la deferencia y distinguidos favores que me han dispensado siempre los habitantes de este rico suelo que amo con todas las veras de un corazon agradecido, que es á todo lo que aspiraba.

En esta edicion, como en todas las que hacen los autores, he corregido algunas ligeras faltas que he notado en la española.

Respecto á las erratas de imprenta que se hayan pasado sin salvar, suplico al lector que él con su inteligencia las corrija, no atribuyendo al autor lo que es un regalo del cajista.

NICETO DE ZAMACOIS.